

el mi lindo amigo
Moriscos de allende
lo llevan cativo;
Cadenas de oro,
candado morisco.
¡ay que non era,
mas ¡ay! no hay
quien de mi pena se duela!

13.

¿Agora que sé de amor me metéis
monja?

¡Ay, Dios, qué grave cosa!
Agora que sé de amor de caballero,

agora me metéis monja del monesterio.
¡Ay,Dios, qué grave cosa!

14.
Por el val que habéis de arar,
el desposado,
por el val que habéis de arar
ya estaba arado.

15
No me las enseñes más,
que me matarás.
No me las enseñes más,
que me matarás.

Estábase la monja

en el monesterio,
sus teticas blancas
de so el velo negro.

No me las enseñes más,
que me matarás.

16
Abaja los ojos, casada;
no mates a quien te miraba.

Casada, pechos hermosos,
abaja tus ojos graciosos:
no mates a quien te miraba.

Abaja los ojos, casada;
no mates a quien te miraba.

17.

Por amores lo maldijo
la mala madre al buen hijo.

"¡Si pluguiese a Dios del cielo
y a su madre Santa María
que no fueses tú mi hijo
por que yo fuese tu amiga!"
Esto dijo y lo maldijo
la mala madre al buen hijo.

Por amores lo maldijo
la mala madre al buen hijo.

Fuente: *Antología de la lírica amorosa* de M. Otero, publicada por Vicens-Vives.

EL POEMA DE MÍO CID

CANTAR DEL DESTIERRO

Texto 1

De los sus ojos tan fuertemente llorando,
Tornaba la cabeza y estábalos catando.
Vio puertas abiertas y postigos sin candados,
Alcándaras vacías, sin pieles y sin mantos,
Y sin halcones y sin azores mudados. 5
Suspiró mío Cid pues tenía muy grandes cuidados.
Habló mío Cid, bien y tan mesurado:

-¡Gracias a ti, señor padre, que estás en alto!

-¡Esto me han vuelto mis enemigos malos!

Allí piensan aguijar, allí sueltan las riendas. 10

A la salida de Vivar, tuvieron la corneja diestra,

Y, entrando en Burgos, tuviéronla siniestra.

Meció mío Cid los hombros y movió la cabeza:

-¡Albricias, Álvar Fáñez, que echados somos de tierra!

Texto 2

Mío Cid Ruy Díaz por Burgos entraba, 15

En su compañía, sesenta pendones llevaba.

Salíanlo a ver mujeres y varones,2

Burgueses y burguesas por las ventanas son,

Llorando de los ojos, ¡tanto sentían el dolor!

De las sus bocas, todos decían una razón:

¡Dios, qué buen vasallo, si tuviese buen señor! 20

Le convidarían de grado, mas ninguno no osaba;
El rey don Alfonso tenía tan gran saña;
Antes de la noche, en Burgos de él entró su carta,
Con gran recaudo y fuertemente sellada:
Que a mío Cid Ruy Díaz, que nadie le diese posada, 25
Y aquel que se la diese supiese veraz palabra,
Que perdería los haberes y además los ojos de la cara,
Y aún más los cuerpos y las almas.
Gran duelo tenían las gentes cristianas;
Escóndense de mío Cid, que no le osan decir nada, 30
El Campeador adeliñó a su posada.
Así como llegó a la puerta, hallola bien cerrada;
Por miedo del rey Alfonso que así lo concertaran:
Que si no la quebrantase por fuerza, que no se la abriesen por nada.
Los de mío Cid a altas voces llaman; 35
Los de dentro no les querían tornar palabra.
Aguijó mío Cid, a la puerta se llegaba;
Sacó el pie de la estribera, un fuerte golpe le daba;
No se abre la puerta, que estaba bien cerrada.
Una niña de nueve años a ojo se paraba: 40

¡Ya, Campeador, en buena hora ceñisteis espada!
El Rey lo ha vedado, anoche de él entró su carta
Con gran recaudo y fuertemente sellada.
No os osaríamos abrir ni acoger por nada;
Si no, perderíamos los haberes y las casas, 45
Y, además, los ojos de las caras.
Cid, en el nuestro mal vos no ganáis nada;

Mas el Criador os valga con todas sus virtudes santas.
Esto la niña dijo y tornose para su casa.
Ya lo ve el Cid que del Rey no tenía gracia. 50
Partiose de la puerta, por Burgos aguijaba;
Llegó a Santa María, luego descabalgaba;
Hincó los hinojos, de corazón rogaba.
La oración hecha, luego cabalgaba;
Salió por la puerta y el Arlanzón pasaba; 55
Cabo esa villa, en la glera posaba;
Hincaba la tienda y luego descabalgaba.
Mío Cid Ruy Díaz, el que en buena hora ciñó espada,
Posó en la glera, cuando no le acoge nadie en casa;
Alrededor de él, una buena compañía. 60
Así posó mío Cid, como si fuese en montaña.
Vedado le han la compra, dentro en Burgos la casa,
De todas cosas cuantas son de vianda;
No le osarían vender ni la menor dinerada.

Texto 3

Allí se echaba mío Cid, después que cenó;
Cogió un dulce sueño, tan bien se durmió. 405
El ángel Gabriel en sueño se apareció:
Cabalgad, Cid, el buen Campeador,
Que nunca en tan buen punto cabalgó varón;
Mientras que viviereis bien saldrá todo a vos.
Cuando despertó el Cid, la cara se santiguó; 410

Se signaba la cara, a Dios se encomendó;
Estaba muy contento del sueño que soñó.

Texto 4

Embrazan los escudos delante los corazones; 715
Bajan las lanzas, envueltas de los pendones;
Inclinaron las caras, arriba de los arzones;
Íbanlos a herir con fuertes corazones.
Con grandes voces llama el que en buena hora nació:
- ¡Heridlos, caballeros, por amor de caridad! 720
¡Yo soy Ruy Díaz, el Cid Campeador de Vivar!
Todos hieren en el haz donde está Pero Bermúdez;
Trescientas lanzas son, todas tienen pendones;
Sendos moros mataron, todos de sendos golpes;
A la tornada que hacen, otros tantos son. 725
¡Veríais tantas lanzas bajar y alzar;
Tanta adarga horadar y traspasar;
Tanta loriga romper y desmallar;
Tantos pendones blancos salir bermejos de sangre;
Tantos buenos caballos sin sus dueños andar! 730
Los moros llaman: ¡Mahoma! Y los cristianos: ¡Santi Yague!
Caían en un poco de lugar moros muertos mil y trescientos ya.

Texto 4

Se dirigió a su mujer y a sus hijas ambas.
Cuando lo vio doña Jimena, aprisa se le echaba:
- ¡Merced, Campeador, en buena hora ceñisteis espada! 1595
Sacado me habéis de muchas vergüenzas malas.

Heme aquí, señor, yo y vuestras hijas ambas;
Con Dios y con vos buenas están y criadas.
A la madre y a las hijas bien las abrazaba;
Del gozo que tenían de los sus ojos lloraban. 1600
Todas las sus mesnadas en gran deleite estaban;
Armas teniendo y tablados quebrantando.
Oíd lo que dijo el Campeador contado:
Vos, querida y honrada mujer y mis hijas ambas,
Mi corazón y mi alma, 1605
Entrad conmigo en Valencia la casa,
En esta heredad que os tengo ganada.

Texto 5

En Valencia estaba mío Cid con todos sus vasallos;
Con él ambos sus yernos, los infantes de Carrión.
Yacía en un escaño, dormía el Campeador; 2280
Mal sobresalto, sabed, que les pasó:
Saliose de la red y desatose el león.
En gran miedo se vieron en medio de la corte;
Embrazan los mantos los del Campeador
Y cercan el escaño y se ponen sobre su señor. 2285
Fernán González no vio allí donde se escondiese, ni cámara abierta ni torre;
Metiose bajo el escaño, ¡tuvo tanto pavor!
Diego González por la puerta salió,
Diciendo por la boca: ¡No veré a Carrión!
Tras una viga lagar, metiose con gran pavor; 2290
El manto y el brial todo sucio lo sacó.
En esto despertó el que en buena hora nació;

Vio cercado el escaño de sus buenos varones.
 ¿Qué es esto, mesnadas, o qué queréis vos?
 ¡Ah, señor honrado!, alarma nos dio el león. 2295
 Mío Cid apoyó el codo, en pie se levantó;
 El manto trae al cuello y adeliñó para el león.
 El león, cuando lo vio, mucho se amedrentó;
 Ante mío Cid, la cabeza humilló y la boca bajó.
 Mío Cid don Rodrigo del cuello lo tomó 2300
 Y llévalo de diestro y en la red le metió.
 A maravilla lo tienen cuantos allí son;
 Y tornáronse al palacio para la corte.
 Mío Cid por sus yernos demandó y no los halló;
 Aunque los están llamando, ninguno respondió. 2305
 Cuando los hallaron, vinieron tan sin color.
 ¡No visteis tal burla como iba por la corte!
 Mandolo prohibir mío Cid el Campeador.
 Se sintieron muy ofendidos los infantes de Carrión;
 Gran cosa les pesa de esto que les pasó. 2310

Texto 6

Entrados son los infantes al Robledo de Corpes;
 Los montes son altos, las ramas pujan con las nues;
 Y las bestias fieras que andan alrededor.
 Hallaron un vergel con una limpia fuente; 2700
 Mandan hincar la tienda los infantes de Carrión;
 Con cuantos ellos traen, allí yacen esa noche;
 Con sus mujeres en brazos demuéstranles amor.
 ¡Mal se lo cumplieron cuando salía el sol!
 Mandaron cargar las acémilas con haberes de valor; 2705

Han recogido la tienda donde albergaron de noche;
 Adelante eran idos los de criazón;
 Así lo mandaron los infantes de Carrión:
 Que no quedase allí ninguno, mujer ni varón,
 Sino ambas sus mujeres, doña Elvira y doña Sol: 2710
 Solazarse quieren con ellas a todo su sabor.
 Todos eran idos, ellos cuatro solos son.
 Tanto mal urdieron los infantes de Carrión:
 - Creedlo bien, doña Elvira y doña Sol,
 Aquí seréis escarnecidas en estos fieros montes. 2715
 Hoy nos partiremos y dejadas seréis de nos;
 No tendréis parte en tierras de Carrión.
 Irán estos mandados al Cid Campeador;
 Nos vengaremos en ésta por la del león.

 Allí les quitan los mantos y los pellizones; 2720
 Déjanlas en cuerpo y en camisas y en ciclatones.
 ¡Espuelas tienen calzadas los malos traidores!
 En mano prenden las cinchas resistentes y fuertes.
 Cuando esto vieron las dueñas, hablaba doña Sol:
 - ¡Por Dios os rogamos, don Diego y don Fernando, nos! 2725
 Dos espadas tenéis tajadoras y fuertes;
 A la una dicen Colada y a la otra Tizón;
 Cortadnos las cabezas, mártires seremos nos.
 Moros y cristianos hablarán de esta razón;
 Que, por lo que nos merecemos, no lo recibimos nos; 2730
 Tan malos ejemplos no hagáis sobre nos.
 Si nos fuéremos majadas, os deshonraréis vos;

Si nos fuéremos majadas, os deshonraréis vos;
Os lo retraerán en vistas o en cortes.
Lo que ruegan las dueñas no les ha ningún pro.
Ya les empiezan a dar los infantes de Carrión; 2735
Con las cinchas corredizas, májanlas tan sin sabor;
Con las espuelas agudas, donde ellas han mal sabor,
Rompían las camisas y las carnes a ellas ambas a dos;
Limpia salía la sangre sobre los ciclatones.
Ya lo sienten ellas en los sus corazones. 2740

¡Cuál ventura sería ésta, si pluguiese al Criador
Que asomase ahora el Cid Campeador!
Tanto las majaron que sin aliento son;
Sangrientas en las camisas y todos los ciclatones.
Cansados son de herir ellos ambos a dos, 2745
Ensayándose ambos cuál dará mejores golpes.
Ya no pueden hablar doña Elvira y doña Sol;
Por muertas las dejaron en el Robledo de Corpes.

Fuente: texto modernizado por Gutiérrez Aja, M.^a del Carmen y Riaño Rodríguez, Timoteo, http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/texto-modernizado-del-cantar-de-mio-cid--0/html/0175c3aa-82b2-11df-acc7-002185ce6064_6.html#I_1_

ROMANCERO VIEJO

Romance del cautivo

Que por mayo era, por mayo,
cuando hace la calor,
cuando los trigos encañan
y están los campos en flor,
cuando canta la calandria
y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados
van a servir al amor;
sino yo, triste, cuitado,
que vivo en esta prisión;
que ni sé cuándo es de día
ni cuándo las noches son,
sino por una aveçilla
que me cantaba el albor.
Matómela un balletero;
dele Dios mal galardón.

Romance del rey don Sancho

—¡Rey don Sancho, rey don Sancho!,
no digas que no te aviso,
que de dentro de Zamora
un alevoso ha salido;
llámase Vellido Dolfos,
hijo de Dolfos Vellido,
cuatro traiciones ha hecho,
y con esta serán cinco.
Si gran traidor fue el padre,
mayor traidor es el hijo.
Gritos dan en el real:
—¡A don Sancho han mal herido!
Muerto le ha Vellido Dolfos,
¡gran traición ha cometido!
Desque le tuviera muerto,
metiose por un postigo,
por las calle de Zamora
va dando voces y gritos:
—Tiempo era, doña Urraca,
de cumplir lo prometido.

Romance de Abenámar

—¡Abenámar, Abenámar, moro de la morería,
el día que tú naciste grandes señales había!
Estaba la mar en calma, la luna estaba crecida,
moro que en tal signo nace no debe decir mentira.
Allí respondiera el moro, bien oiréis lo que diría:
—Yo te lo diré, señor, aunque me cueste la vida,
porque soy hijo de un moro y una cristiana cautiva;
siendo yo niño y muchacho mi madre me lo decía
que mentira no dijese, que era grande villanía:
por tanto, pregunta, rey, que la verdad te diría.
—Yo te agradezco, Abenámar, aquesa tu cortesía.
¿Qué castillos son aquéllos? ¡Altos son y relucían!
—El Alhambra era, señor, y la otra la mezquita,
los otros los Alixares, labrados a maravilla.
El moro que los labraba cien doblas ganaba al día,
y el día que no los labra, otras tantas se perdía.
El otro es Generalife, huerta que par no tenía;
el otro Torres Bermejas, castillo de gran valía.
Allí habló el rey don Juan, bien oiréis lo que decía:
—Si tú quisieses, Granada, contigo me casaría;
daréte en arras y dote a Córdoba y a Sevilla.
—Casada soy, rey don Juan, casada soy, que no viuda;
el moro que a mí me tiene muy grande bien me quería.

Romance del enamorado y la muerte

Un sueño soñaba anoche soñito del alma mía,
soñaba con mis amores, que en mis brazos los tenía.
Vi entrar señora tan blanca, muy más que la nieve fría.
—¿Por dónde has entrado, amor? ¿Cómo has entrado, mi vida?
Las puertas están cerradas, ventanas y celosías.
—No soy el amor, amante: la Muerte que Dios te envía.
—¡Ay, Muerte tan rigurosa, déjame vivir un día!
—Un día no puede ser, una hora tienes de vida.
Muy deprisa se calzaba, más deprisa se vestía;
ya se va para la calle, en donde su amor vivía.
—¡Ábreme la puerta, blanca, ábreme la puerta, niña!
—¿Cómo te podré yo abrir si la ocasión no es venida?
Mi padre no fue al palacio, mi madre no está dormida.
—Si no me abres esta noche, ya no me abrirás, querida;
la Muerte me está buscando, junto a ti vida sería.
—Vete bajo la ventana donde labraba y cosía,
te echaré cordón de seda para que subas arriba,
y si el cordón no alcanzare, mis trenzas añadiría.
La fina seda se rompe; la muerte que allí venía:
—Vamos, el enamorado, que la hora ya está cumplida.

<https://www.poesi.as/index.html>